

BUSCADORES DEL SOL

Omar Aouini

La mano de José temblaba mientras llenaba la taza rota de café. Las gotas se desparramaban por el aire, y se caían sobre la pequeña mesa gastada, contaminándola. En lo más profundo de sí mismo, deseaba que Zainab estuviera viva para contarle su incurable enfermedad que contrajo, tan sólo un mes después de su muerte. Se vio muy cansado de estar sentado en la misma habitación, en el mismo rincón, y frente al mismo televisor, de imagen borrosa y de mal sonido, desde la mañana hasta la noche. Estaba viendo una película marroquí, cuyo primer episodio comenzó hace ocho meses, y no sabía cuándo terminaría y cuál sería el destino de su protagonista, el cazador.

Tomó un sorbo de la taza y apretó las mandíbulas por la densa amargura. Cuando quiso traer el azucarero, cayó al suelo. Trepó como un bebé, y agarró los dos mangos de la silla hasta que volvió a su sitio. Dejó a un lado la taza de café de insoportable amargura, y siguió mirando, con los brazos cruzados, la película del cazador. De vez en cuando su mente empezaba a vagar por las calles de la ciudad que no había pisado hacía ya varios meses, mientras que sus ojos seguían fijados en la borrosa pantalla de la televisión. "Tengo que esperar a que venga Habib", dijo con cierta amargura.

Cuando Habib regresó por la noche, encontró a José dormido en su destrozada silla de madera. Caminó sobre la punta de los dedos de los pies hacia la cocina, luego regresó para despertarlo, pero advirtió que José le seguía en silencio con los ojos entreabiertos.

_ Hoy has dormido mucho como siempre, ¿no? - Le preguntó quitándose el abrigo andrajoso.

_ ¿Cómo puedo dormir si el estómago está completamente vacío? - Respondió José con voz triste.

_ Ni siquiera tomaste la taza de café que te había preparado.

_ No puedo tomar café sin azúcar.

_ ¡¡Pobre compañero!! - Susurró Habib como si estuviera hablando consigo mismo, luego agregó disculpándose :

_ Perdóname ... tantas son mis preocupaciones, que me han hecho olvidar de echar azúcar a tu café y atar los cordones de mis zapatos.-Luego le preguntó :

_ ¿Cuánto dinero te queda ?

_ Sólo dos dinares. - Respondió - Si quieres, cógelos, cómprame pan y queso, y quédate con el resto.

Habib se calló.

_ Guarda tu dinero para otro día. Te compraré algo para comer, hoy, contrariamente a los días pasados, he recolectado siete dinares.

Después de la cena, José montó en la espalda de Habib, quien lo llevó al baño, gimiendo. Sus piernas estaban colgadas, y chocaban contra todas las cosas de la casa: la silla de tres patas, la cama destartada, la mesa de hojalata vieja y oxidada, y la olla sin asas. Pasó tanto tiempo en el baño que Habib se durmió y empezó a roncar fuerte.

_ ¿Has terminado ya? - Preguntó Habib

_ Aún no. - Respondió - He estado sufriendo de estreñimiento desde que me aferré a esta maldita silla.

Habib bostezó, luego se envolvió de nuevo en una manta de lana blanca, que con el tiempo se volvió amarilla con manchas negro, debido a la humedad de la habitación.

_ Despiértame cuando termines - Dijo.

Habib se levantó temprano como siempre, intentando no olvidar atarse bien los zapatos. El día anterior, sus huesos estaban casi destrozados, debido a las correas de los zapatos. Estuvo desde las primeras horas del amanecer en la estación de trenes, esperando que llegaran los pasajeros para ayudarles a llevar su equipaje sobre su espalda a la estación de autobuses. La mayoría de los pasajeros lo conocían y lo saludaban, y él los saludaba con alegría, les ofrecía sus servicios y, en cambio, le recompensaban con pocas monedas, que solía guardar en el bolsillo sin contarlas. Tuvo que ahorrar el alquiler de la casita que compartía con José y la comida del día. En cuanto a la ropa, la conseguía de los bienhechores, y de lo que recogía de los rimeros de ropa usada, mientras volvía a casa por la noche.

Regresó tarde sin obtener suficiente dinero para sus necesidades de ese día, y encontró a José mirando la película adusto.

_ No me he movido de mi asiento desde ayer, después de salir del baño. - dijo sin que Habib le preguntara nada -

_ Ya lo sé - Respondió Habib bostezando.

_ Mañanita, llévame a la calle. No he visto el sol desde marzo del año pasado. - Le pidió con voz débil y ronca.

_ No sé si puedo hacerlo. El dolor de espalda me volvió de nuevo. - Le respondió aflojando los cordones de los zapatos con gran dificultad.

_ ¿Tienes hambre? - Le preguntó José.

_ Mi estómago casi sobresale por detrás.

La luz de la habitación era muy tenue, y la pequeña cocina desprendía olores muy desagradables, debido a la acumulación de la basurade muchos días. Habib buscó desesperadamente algo de comer, y sólo encontró patatas marchitas. Las puso sin pelar en una olla cubierta de negro por el uso frecuente. Les echó agua, y las colocó con cuidado sobre el fuego. Se acercó a José, y se sentó a su lado taciturno, apoyando la mejilla a la mano derecha. A los dos les envolvió un horrible silencio.

Cuando se despertaron al amanecer, tosían tremendamente y respiraban con mucha dificultad. Un humo espeso llenaba toda la casa, y casi contenía la respiración. Habib tropezó varias veces antes de llegar a la pequeña claraboya de la cocina y abrirla para que entrara el aire. Miró la estufa de gas, y descubrió que la olla ya se había carbonizado con las patatas. Oyó el crujido del vientre de José desde lejos. Tomó la comida carbonizada y la puso en una bolsa de basura, luego se volvió hacia José y dijo:

_ Prepárate para salir.

Sus ojos brillaron por alegría, y comenzó a mover la parte inferior de su cuerpo para descender de la silla de madera. Habib se acercó y se agachó frente a él, después le empujó hacia arriba con las manos, y le colocó de espaldas. Para asegurarse de que no se cayera, le ató por la mitad con una cuerda que usaba para extender la ropa. Gimió varias veces antes de levantarse, y salió de la habitación. Caminó por la ancha calle lentamente, tambaleándose. Las piernas de José se colgaban a los dos lados de Habib, casi tocando la acera, mientras lo abrazaba con fuerza por detrás para no resbalar. El caminar de Habib fue lento y arduo, lo que le dio tiempo a José para disfrutar, mirando en todas las direcciones, y contemplando todo lo que veía.

_ Déjame aquí - Dijo mientras intentaba desatar la cuerda que le ataba la cintura.

_ No hay nada que valga la pena ver en este lugar - Le respondió Habib.

_ Me basta con ver el sol trasladarse con sus rayos de pared a pared, de edificio a edificio, y filtrarse entre las hojas de los árboles—respondió José, afianzando sus piernas en el suelo para evitar que Habib se moviera.

Se sentó en un banco a la sombra de un árbol al borde de la acera y le dijo a Habib:

_ No hemos comido nada desde ayer por la mañana.

_ Por eso, yo me siento mareado, y mi garganta está muy seca. ¿Qué podemos hacer? - Le respondió Habib.

_ Deberíamos comer de cualquier forma - Subrayó José con insistencia.

_ ¿De cualquier forma? - Preguntó Habib asombrado.

_ Sí ... aunque robemos lo que necesitamos- Respondió José, colocando su mano sobre su estómago.

Habib estaba de pie, se sentó a su lado pensativo.

_ Roba tú. Yo tengo miedo a la cárcel - Dijo Habib gruñiendo.

¿Encarcelan a los que roban por hambretambién? - Preguntó Wahaj.

_ Aquí persiguen a los ladrones de comida, y hacen la vista gorda ante los demás. Si deseas dormir en la cárcel esta noche y durante los años venideros, hazlo. - Dijo Habib mientras se levantaba e iba alejándose de él.

_ ¿Adónde vas ? - Le preguntó José.

_ A la estación de trenes. ¿Quizás recoja algo de efectivo y vuelvo? No te vayas de aquí, volveré antes de la una de la tarde.

Fueron sólo unos momentos, cuando desapareció Habib en la larga calle, mientras que José permaneció contemplando su nuevo entorno. Levantó la cabeza hacia el sol colocándose la mano en la frente, en espera de poder reconocer su naturaleza después de una larga ausencia, pero rápidamente bajó los ojos, deslumbrado por sus fuertes rayos. «El sol no se ve. El sol se percibe », dijo, hablando para sí mismo.

Miró el asiento en el que estaba sentado, y lo encontró sólido, pero elegante. Examinó la acera frente y alrededor de él, y le pareció muy bien embaldosada y atractiva. La alternancia de los colores rojo y gris en sus piezas le daba una extraordinaria belleza. Miró a los pocos transeúntes y quedó asombrado por su elegante andar. Convergían y divergían, se cruzaban y se alineaban, acelerando y desacelerando el ritmo, pero sin colisión ni choque. Por un rato se olvidó que su estómago estaba vacío, ya que no había comido hacía más de veinticuatro horas, cuando vio de lejos a una señora rubia que llevaba lentes de sol. Quería reprocharle, porque “el sol no debe ser ocultado, sino se lucha por él hasta la muerte ”, repitió con voz débil. La mujer caminaba tranquila y graciosamente, sosteniendo en la mano derecha a una niña morena que trataba de ajustar su paso al de su madre, pero fue en vano. Recordó José cómo se casó cuatro veces seguidas, sólo el último matrimonio fue exitoso. Salha se casó con ella por su devoción, pero se divorció a los ocho meses por haberle traicionado. Ribah se casó con ella por su dinero, pero su matrimonio duró tan sólo un año y dos meses, porque ella pidió el divorcio para disfrutar sola de su riqueza. Rafika se casó con ella sólo porque se acostumbró al matrimonio, pero se divorció seis meses después por tener enormes nalgas. En cuanto a su matrimonio con Zainab, hasta ese momento, no sabía su verdadera razón. Lo único que sabía es que fue ella quien le pidió la mano a su tío, y él aceptó con gusto. Pero fue el matrimonio más feliz, y sólo los separó su muerte. Quizás porque después del matrimonio descubrió en ella todas las buenas cualidades que gustaban a los hombres: tenía las mejillas sonrosadas, el rostro redondo, los ojos almendrados, el cabello y la tez dorados, era poca charlatana, de estilo alegre y voz dulce. “Duerme tranquila Zaineb, que en paz descanses” _ Dijo suspirando.

Ya no podía agantar el vacío de su estómago que había comenzado a soltar un rugido interminable. Lentamente bajó las piernas del banco, una tras otra, luego comenzó a rodar con cuidado su cuerpo, exhausto por la enfermedad y el hambre, hasta que se acomodó en la acera. Sintió la frialdad del suelo que penetraba desde su trasero y llegaba hasta el cráneo. Se volvió hacia la derecha, luego hacia la izquierda mientras arrastraba su cuerpo apoyado en las manos dirigiéndose hacia la calzada para cruzar la calle. No tenía miedo a los autos que llegaban de ambas direcciones, simplemente porque, "aun si uno de ellos me estropeará, mi destino no sería peor que quedarme en esa habitación oscura durante muchos años. Me llevarían al hospital con sus grandes ventanales, su intensa iluminación y abundante comida"- Dijo murmurando.

Cuando el camino estuvo libre de automóviles, saltó a cuatro patas como una rana, hasta llegar al otro lado de la calle. La gente pasaba sin que nadie le hiciera caso. Apoyó la espalda contra el poste de luz y se relajó un poco jadeando. El rocío comenzó a caer, lo que le obligó a seguir arrastrándose pegado a la pared, y deteniéndose de vez en cuando frente a las tiendas y comercios, tal vez encontrara un restaurante. Continuó saltando una vez sobre sus cuatro patas y otra sobre las palmas de sus pies. Por el otro lado, le llegaban las carjadas y los gritos de la niña morena que se dirigía a su madre rubia, diciendo refiriéndose a él: "Mira mamá ... un canguro que está saltando en la carretera". La madre la reprendió, le ordenó que callara, y los dos aceleraron el paso, luego entraron en la gran Biblioteca de África. Todos los empleados e incluso los clientes saludaron a la rubia con gran respeto. Apenas penetró en la biblioteca, se dio cuenta de que la niña ya no estaba a su lado. Confundida, gritó, se dio la vuelta y la buscó en la entrada del edificio. La vislumbra a lo lejos abriendo paso entre los autos a toda velocidad, y oyó voces de frenos y crujidos, alarmas sonoras y gente gritando ... Pero la niña logró finalmente llegar al otro lado de la calle y corrió hacia José que estaba en cuclillas, moviendo la nariz hacia arriba de vez en cuando, en busca de la fuente de los olores del rosbif.

Cuando se acercó de él, tendió su pequeña mano para acariciarle la cabeza, diciendo con voz temblorosa: "Es hermoso, es mi canguro ...". Pero José no le prestó atención y continuó saltando hacia el origen de los olores de la parrilla. Cuando llegó al restaurante, la mujer rubia seguía persiguiendo a su hija en la acera. Sin embargo, la niña se apresuró a entrar en el asador, y se puso a buscar a su canguro por todas partes, hasta que lo encontró sentado a una mesa pequeña. Se precipitó hacia él y se sentó frente a su mesa. La madre se abalanzó sobre ella y la abrazó sin obligarla a salir de allí. La morena quiso volver a acariciar con la pequeña mano la cabeza de su canguro, pero le impidió la mesa que los separaba.

_ Mamá ... cómpramelo - Le suplicó la niña a su madre.

_ No está en venta, cariño.

_ Pero es hermoso y lindo.

José miraba el movimiento de los clientes que devoraban variedades de barbacoa que olían por todo el restaurante, luego buscó con la mirada al camarero y llamó con la mano.

_ Paga por adelantado, amigo - Le dijo el camarero escrutándolo de arriba a abajo.

_ No tengo ni un centavo - Respondió José casi rogando.

_ Esto no es un hospicio ... Paga para comer.

_ Pero tengo hambre. La comida no ha entrado en mi estómago durante más de veinticuatro horas.

La mujer rubia estaba siguiendo el diálogo de los dos hombres, asombrada, mientras abrazaba con firmeza a la niña morena.

_ No puedo ayudarte de ninguna manera. Paga o sal - Insistió el camarero, luego se fue murmurando.

_ Espere usted ..., que no se vaya... - Le llamó la mujer rubia enojada.

Se volvió hacia José y le dijo:

_ Tome toda la comida que desee. Yo la pagaré.

El camarero se detuvo y observó asombrado a la mujer rubia, luego al hombre, después a la morena, y finalmente se fue nervioso. José sonrió sin encontrar las palabras adecuadas para agradecer a la mujer.

_ ¿Como se llama usted? - Le preguntó la rubia.

_ José. Hace más de un día que no he probado comida. En cuanto a la carne, ya no recuerdo cuándo la comí por última vez.

La mujer suspiró y le preguntó:

_ ¿Tiene casa, esposa, hijos?

_ Comparto con un bondadoso hombre una habitación, y es él quien se encarga de su alquiler. Mi esposa murió hace muchos años - Respondió, mirando al camarero que se acercaba hacia ellos con un plato lleno de carne asada con apetitoso olor.

_ ¿Le ha dejado hijos?- Añadió la mujer rubia.

_ No. Nuestra única hija murió a la edad de tres meses.

Cuando el camarero colocó el plato ante él, comenzó a pasar la nariz por los trozos de carne, disfrutando de su delicioso aroma, luego tomó un trozo grande y lo dio a la mujer diciendo:

_ Coma esto primero.

La mujer le agradeció sin recibir la porción de carne, y le preguntó con insistencia:

_ ¿Cómo vive? ¿De dónde saca el dinero?

_ El bondadoso hombre reparte conmigo todo lo que recibe de la estación de trenes, y a veces el dueño de la casa en que vivimos me da algo de comida o algo de dinero.

La mujer soltó a la niña y colocó su cabeza entre sus manos. José le oyó sollozando en silencio, y dejó de comer. En cuanto a la niña morena, vio que era oportuno pasar arrastrándose por debajo de la mesa y acercarse un poco más a su canguro. Él le entregó un pequeño trozo de carne, y ella estiró la mano suave y morena, y comenzó a acariciar su cabello blanco y rizado.

Después de pagar la mujer la comida, José le dio las gracias con muy breves palabras, rodó de la silla y caminó a cuatro patas hacia la puerta.

_ ¿Adónde va? - Le preguntó la mujer rubia.

_ A casa, no tengo otro lugar adonde ir.

_ ¿Muy lejos de aquí?

_ Una hora gateando, y media hora llevado a espalda.

La niña corrió hacia la puerta, abrió los brazos para prohibirle el paso, diciendo:

_ No le dejaré pasar. Que venga a casa con nosotros.

_ Déjale, hija mía ... Le llevaré en el auto hasta su casa - Dijo la mujer mientras tomaba la mano de la niña.

Aparcó el coche frente a la puerta de la casa de José, y le pidió que le entregara cualquier documento de identidad personal que tuviera para enviarlo al Ministerio de Asuntos Sociales, a ver si le ofrecían alguna ayuda. Descendió lentamente, mientras que ella le seguía con la mirada saltando sobre sus cuatro patas hasta entrar a casa. Unos momentos después, asomó la cabeza por la puerta, y le entregó un papel amarillo doblado varias veces. Lo recibió, puso el motor en marcha, y desapareció rápidamente en la calle grande, mientras que la chica morena seguía saludando con sus dos manitas a una casa y un hombre que ya dejaron de ser visibles.

Por la noche, Zarwa, su hija morena y su esposo se sentaron a cenar. La mesa no estaba lejos de la piscina, que sobre su aguas se rompían las luces que rodeaban el balcón, revistiendo el lugar de una maravillosa belleza. Dijo la rubia alzando una gamba bañada en vinagre de sidra de manzana, que pronto deberían mudarse a Nueva York para cuidar su nueva compañía de libros. Agregó que enviaría a su hija Nesrín a la casa de su tío durante el viaje. La niña morena no se interesaba de lo que decía su madre, más bien estaba comiendo unas nueces despistada, por lo que la madre le dijo:

_ ¿Me has escuchado, hija mía?

_ Sí ... Pero mamá, ¿ya ha dormido el hombre pobre que hemos llevado en coche a su casa?

_ Probablemente.

_ ¿Por qué no le visitaremos mañana?

_ Ya veremos. No tiene sentido visitarlo sin brindarle ningún apoyo. Mañana iré al Ministerio de Asuntos Sociales a pedirle ayuda.

_ Dijo que no tiene esposa ni hijos. Pero, ¿por qué su madre también le abandonó?

_ Parece que sus padres fallecieron hace mucho tiempo.

La niña miró deprimida por todas partes, luego agregó:

_ ¡Pobre hombre... ! ¿Por qué Dios lo dejó en toda esta miseria?

_ No es Dios el responsable de la felicidad y la miseria de la gente. Hay alguna parte en esta vida que le ha causado esta pobreza. Puede que sea él mismo el responsable de esta situación, ¿quién sabe ?

_ ¿Su desgracia es por culpa suya o por culpa de Dios, mamá?

_ Dios es fuente de bien, hija mía. No quiere al hombre, enfermedad, ni hambruna ni guerra ... De lo contrario, sería un demonio o uno de los dioses malvados de las antiguas mitologías que disfruta torturando a la gente.

La chica morena miró al cielo por un momento, luego empezó a tomar su cena.

Habib regresó por la noche agotado, después de pasar mucho tiempo buscando a José. Recorrió todas las tiendas, cafés y restaurantes de la calle Al-Mutanabi, donde lo dejó por la mañana, pero fue en vano. Le vino a la mente muchas posibilidades, la peor de las cuales era que había sido secuestrado por la pandilla de miembros, y lo más amable era que la policía lo había detenido y llevado a uno de sus centros. A lo largo del camino estaba pensando en el estado de su compañero preso, tal vez, o tal vez disecado en la mesa de los secuestradores. Pero trató de expulsar esas alucinaciones, esperando llegar a casa y encontrarlo allí.

Giró la llave y empujó suavemente la puerta, que se abrió de par en par, pero no vio nada. Apretó el botón de la luz, y lo primero que vio fue la silla de madera volcada al revés. Inmediatamente se dio cuenta de que su compañero no estaba en la habitación. Corrió molesto a la estrecha cocina, pero no vio nada más que las patatas carbonizadas en la bolsa de basura, tal como las había dejado por la mañana. Dio un paso a la derecha y empujó con un dedo la puerta del baño, y le recibió un olor repugnante, y cubrió su rostro un montón de moscas agresivas. Se sentó en su desolada cama, desconcertado. “Su silla volcada significa que regresó a casa, nadie tiene la llave excepto nosotros”, se dijo contemplando sus cordones abiertos. Pensó que había ocurrido algo horroroso a José, y lo que era una mera alucinación y conjeturas, comenzó a convertirse en realidad y tragedia. Ya era demasiado tarde para salir a la calle a buscarlo de nuevo. Se quitó los zapatos, se sentó en la cama, luego sacó un bocadillo de la bolsa que traía de la calle, y se puso a comer con gran voracidad. Se durmió antes de terminar su cena, y sus manos se aflojaron, y las sobras cayeron encima de la cama y en el piso, y cayó en un profundo sueño.

_ ¿Dónde fuiste? ¿Dónde estabas? - Le preguntó Habib enojado.

José caminaba recto como nunca lo había visto ni imaginado Habib antes, pero se movía lenta y silenciosamente. Le agarró por la cintura y comenzó a sacudirle, gritando: "Dime, ¿dónde has estado?. Casi me matas ". Pero cuando abrió los ojos, se sintió frustrado y decepcionado. Apretaba con el puño el borde de la cama, diciendo con voz ronca: "Casi me matas, ¿dónde has estado?". Se tumbó de nuevo en la cama y durmió.

Habib permaneció buscando a su compañero durante un mes entero en todos los lugares sin cansarse, y con el anhelo de encontrarle en el café, el mercado o incluso en el refugio de ancianos. Pensaba que era él el motivo de lo que le había sucedido, porque fue él quien le sacó de la habitación y le puso en la calle Al-Mutanabbi. La voz de José no dejaba de resonar en su oído todo el día, diciendo: "Llévame mañana a la calle. No he visto el sol desde marzo del año pasado ". Por la noche, se despertaba varias veces asustado, repitiendo : "Dime, ¿dónde has estado? Casi me matas". Pasó un mes, luego pasaron dos meses, tres meses, y no le llegó ninguna noticia de él. En alguna ocasión, se enteró a través de uno de sus colegas en la estación de trenes que estaba en el asilo de la Misericordia en el norte de la ciudad. No descartaba esta posibilidad, por lo que se la tomó en serio, y pidió prestado algo de dinero a un conocido y viajó a ese refugio. Sin embargo, regresó decepcionado, más desesperado y ansioso que antes, al informarle que este nombre no estaba en las listas de sus residentes.

Regresó a casa una noche, agotado, y apenas se quitó los zapatos y se acostó en la cama, oyó un fuerte golpe en la puerta. Saltó alarmado, repitiendo : "Ya ha vuelto ... José ha vuelto". Antes de abrir la puerta, dispuso bien la cama, enderezó la silla de madera de su compañero, mientras volvieron a golpear la puerta con más fuerza. La abrió de par en par, y levantó las manos diciendo: "Hola, bienvenido...". Pero vio a una mujer rubia parada junto a un auto de lujo, con una carpeta amarilla en la mano, sonriendo y preguntándole:

_ ¿Es esta la casa de José?

_ Sí, ¿Le encontró usted? - Le preguntó a su vez ansioso.

Parecía que la mujer rubia no le entendió, por eso agregó :

_ Dile que quiero verle por unos minutos.

_ Ahora no está en casa.

_ ¿A dónde fue?

_ No sé. Le he estado buscando durante más de cinco meses.

La mujer turbada gritó:

_ Quiere decir, ¿desde ese día en que le encontré en el restaurante y le llevé a esta casa?

_ No ha vuelto desde el día en que le dejé debajo del árbol y me fui a trabajar.

La mujer buscó en la carpeta que tenía en la mano, luego sacó un trozo de papel y dijo con un suspiro:

_ ¡Oh Dios mío ... Le he facilitado varios privilegios del Ministerio de Asuntos Sociales. ¿Dime cómo puedo buscarle?

_ ¿Privilegios? - Le preguntó Habib ansiosamente - Yo también los necesito igual que él y tal vez más.

La mujer rubia le miró un poco, y dijo:

_ ¿A qué se dedica usted?

_ Maletero en la estación de trenes, trabajo por mi cuenta, y muchas veces regreso por la noche con un poco de dinero y, otras veces, con las manos vacías.

_ Primero busquemos a tu compañero, y luego veremos.

La mujer subió al auto, cerró la puerta de golpe y desapareció rápidamente.

Habib, nervioso, cerró la puerta, con unos pensamientos que se volvieron más borrosos. Se recostó de nuevo en la cama, incapaz de determinar exactamente qué debía hacer, ni qué pensar acerca del destino de su compañero. Abrió una caja de leche y empezó a tomar lentamente y desorientado sorbos.

Después de dos semanas aproximadamente, la mujer rubia regresó en su lujoso auto, buscando a José y Habib. Esta vez llamó a la puerta suavemente para no molestar a sus ocupantes. Nadie respondió. Duplicó el número de golpes y con más fuerza. Dijo que a caso el compañero de José estuviera todavía en la estación de trenes.

Por eso regresó por dónde vino, con la esperanza de volver a visitarlos por la noche. Pasó una semana entera golpeando fuertemente la misma puerta varias veces al día, y una o dos veces por la noche inutilmente. Tenía un fuerte sentimiento de que no los encontraría y que sus esfuerzos por salvarlos del dolor y la privación serían en vano. Llevó la carpeta amarilla de papeles debajo de su brazo, montó en su auto y desapareció entre los autos de la vasta ciudad.

2

Después de que la mujer rubia lo llevó a casa, José comenzó a pensar seriamente en su destino. Antes estaba desesperado, sólo deseaba que Habib regresara con un poco de pan, queso, patatas y leche. El tiempo había sido pesado y monótono para él, y se ha convertido en una sorda unidad: su hoy es como su ayer, el mañana no es diferente de su presente, y la vida transcurre con fatal monotonía. Colocó la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos mientras se sentaba en su silla de madera resquebrajada. Permaneció así por tiempo indefinido. De repente, rodó desde su silla con asombrosa velocidad, y comenzó a patearla con sus piernas torcidas hasta volcarla en su respaldo, luego comenzó a darse bofetadas y gritar: "Despiértate, José... despiértate, la verdadera impotencia no es más que la de percepción y determinación ». Salió gritando, mientras cerraba la puerta repitiendo esa frase en voz alta.

Ya estaba oscureciendo en la ciudad cuando se lanzó hacia la larga calle corriendo contra la noche. Caminaba en la acera junto a la pared, rebotando sobre sus cuatro patas, rumbo a la zona de los jardines, donde pasó la noche acostándose sobre algunos pedazos de cartón que encontró apilados frente a un supermercado. Cuando apoyó la espalda contra la pared y miró la larga calle llena de faroles, experimentó por primera vez una profunda alegría, y tuvo la sensación de que había llegado una nueva etapa de su vida. No se sentía hambriento, cansado o asustado, por el contrario, se sentía muy feliz, como si hubiera nacido en ese momento mismo. El movimiento de peatones y vehículos comenzó a disminuir poco a poco, y ya no se veía más que a algunos trabajadores de la limpieza barriendo la calle y limpiando las plazas con mangueras de agua, o algunos gatos que metían la cabeza en los contenedores de basura, y no salían hasta que estallara una violenta pelea entre ellos en un aluvión de agudos maullidos. Se acostó tratando de conciliar el sueño, diciendo: "Las personas exitosas duermen temprano". Pero no pudo dormir, porque sentía algo de tensión por la sensación de la abrumadora alegría de estar en ese lugar y en ese momento en particular.

Se despertó temprano, aunque durmió hasta tarde. La calle todavía estaba vacía de peatones y automóviles. Cruzó la calle y fue a una tienda cercana que vendía equipo deportivo y se sentó esperando. Las tiendas comenzaron a abrir sus puertas a partir de las ocho de la mañana, y un hombre moreno y gordo se dirigió hacia la tienda, luego comenzó a abrir la puerta, examinandole con brusquedad.

_ ¿Que estás esperando? - Le preguntó disgustado.

_ Espero a que se abra la puerta. - Dijo tratando de entrar.

_ Espere, ¿no ha leído el cartel? Es una tienda para deportistas.

_ Yo soy uno de ellos. Si no hoy no puedo, será mañana, si Dios quiere.

_ Estoy seguro que eso nunca sucederá. - Dijo orínicamente.

El gordo entró, seguido de José, de un salto, luego deambuló por el espacioso salón, mirando los diversos equipos deportivos en los estantes. De repente gritó: "Esto es ... quiero esto".

_ Es una patineta, sólo para quienes estén de pie. _ El gordo le respondió con sorpresa, mientras abría algunas ventanas.

_ Démelo por favor, voy a aprender a usarlo.

_ Le juro que requiere una súper habilidad para las personas sanas, y lastimó a muchas de ellas especialmente al comienzo de su aprendizaje.

_ No me tenga miedo, lo usaré sentado.

El gordo golpeó las dos rodillas estupefacto y dijo:

_ Por favor, no lo haga... le convertirá en un extraño hazmerreír.

_ Ya no me importa lo que piense la gente.

El gordo guardó silencio, luego se puso de puntillas y le acercó la patineta. Sacudió un poco de polvo y se la entregó diciendo:

_ Rezaré a Dios para que le proteja de la maldad de las patinetas.

_ ¿Cuánto cuesta?

_ Doscientos cincuenta dinares.

_ No tengo ni un dinar ahora. Trabajaré y le pagaré pronto.

El gordo se negó rotundamente, comentando:

_ Aquí no vendemos a crédito. Pague o déjela.

_ Soy pobre, ni siquiera tengo el precio de una barra de pan. ¿Es que tengo que morir?

El gordo lo miró fijamente desde la punta del pelo de su cabeza hasta la punta de su pies. Se dio cuenta de su ropa andrajosa, su rostro pálido y su cabello rizado que comenzó a tenercanas, y no le quedaba nada de la vida más que su voz, que aún conservaba algo de fuerza. Estaba un poco confundido, le preguntó:

_ ¿Entonces, cual es la solución?

José se quitó un anillo viejo de su dedo y se lo entregó, diciendo:

_ ¡este anillo, es de oro. La difunta esposa me lo regaló después de casarnos.

El gordo volteó el anillo entre los dedos varias veces sin mirarlo realmente, luego se lo devolvió y dijo suspirando:

_ Quédesen con su anillo y llévesela patineta como regalo mío.

Como de costumbre, las expresiones de agradecimiento apropiadas le faltaban a José, por lo que agarró la tabla y se fue saltando sobre tres patas y repitiendo: "Gracias, señor, gracias".

Cuando se encontró en la calle, se envolvió las palmas de las manos con pedazos de cartón, luego se sentó en la patineta con cautela, y la voz del gordo aún resonaba en su memoria: "Le rezaré a Dios para que le proteja de la maldad de las patinetas". Empezó a entrenarse para caminar con ella, desinteresado sin hacer caso a las miradas de los transeúntes y con gran determinación para alcanzar su objetivo. Su pequeño vehículo empezó a abrirse paso mientras él lo conducía de izquierda a derecha con las manos envueltas en papel, que le servía de excelentes remos.

Fue a la escuela de la calle Miraprados y se quedó allí, esperando a que los estudiantes salieran. Cuando sonó el timbre y los niños se apresuraron a salir de la escuela y cruzar la calle, él corrió hacia ellos con su patineta, e impidió el paso de los coches que circulaban a toda velocidad. Levantó las manos y ordenó a los niños que se detuvieran, luego se volvió hacia la carretera y agitó un pañuelo rojo a los coches para que se pararan a su vez. El número de los niños que esperaban para cruzar la calle se duplicaba cada minuto, hasta que parecía

una manifestación masiva, José les indicó que pasaran. Incluso los peatones ordinarios también se detuvieron a la derecha y a la izquierda de la calle contemplando un espectáculo absolutamente maravilloso. Cuando todos los niños hubieron pasado, José se retiró del medio de la calle con su carro, permitiendo que los vehículos siguieran su camino. Todos los asistentes aplaudieron con admiración esta hermosa iniciativa de un hombre en una patineta.

A mediodía, el director le llamó para agradecerle su trabajo y le invitó a desayunar en el restaurante de los profesores. Todos le dieron la bienvenida, y él les contó su condición, por lo que se compadecieron de su estado, y quedaron impresionados por su determinación y su extrema osadía. Finalmente, el director le pidió que trabajara con ellos como guía para los alumnos cuando cruzaban la calle al entrar o salir de la escuela. Cuando se enteró de que dormía en la calle, se enojó y le dio una casita en el jardín de la escuela. La alegría de José con su nuevo trabajo y su nueva residencia indescriptible, así que agradeció al director en palabras sencillas, y le prometió su dedicación en servir a los niños.

No sólo acompañaba a los niños cuando cruzaban la carretera durante su entrada y salida de la escuela, sino que también llevaba a algunos de ellos a sus casas. Debido a ese arduo esfuerzo, el director de la escuela y algunos de los padres de los alumnos decidieron comprarle un triciclo para llevar a cabo su trabajo en cómodas condiciones. Sintió un gran cambio en su vida, ya que no necesitaba la espalda de Habib para ir al baño, ni el bolsillo de nadie para conseguir comida. A los pocos meses, tenía libre albedrío, con sus ingresos mensuales de la administración de la escuela, su vehículo hermoso y rápido, y su linda casa en un jardín maravilloso. Él se ocupó del jardín de la escuela por su cuenta, convirtiéndolo en un paraíso alucinante por lo que tenía de moreras, higueras, manzanos y otros árboles. Esto hizo que la escuela ofreciera una bebida gratis todas las tardes a los estudiantes que consistía en los jugos y frutas del jardín.

Una mañana, el director le llamó y le informó que inusualmente una de las estudiantes estaba ausente, y le pidió que comprobara el motivo de su ausencia. Regresó rápidamente a la hoja de asistencia, tomó el número de teléfono del conserje del inmueble donde vivía la estudiante, y le informó del asunto. Pero éste dijo que Nisreen salió de la casa a las siete y media, como era su costumbre de ir a la escuela. José sintió como si sus entrañas estuvieran ardiendo, por ello inmediatamente saltó en su vehículo, y corrió a la calle sin saber qué hacer. Conocía bien a la niña Nisreen, que estaba muy apegada a él. Feliz de verlo, le daba besos en la frente todas las mañanas, mientras lo acompañaba al colegio. Iba y venía en la calle como un loco, preguntando a los tenderos por Nasreen. Tan pronto como la Asociación de Seguridad de los Alumnos (ASA) se enteró del asunto, sus miembros se dispersaron por toda la ciudad, buscando a la niña en cada barrio, cada calle, cada callejón...

Cuando el conserje del edificio informó al tío de Nisreen de su desaparición, éste se apresuró a informar a su madre, que estaba de viaje en un país muy remoto, y no podía regresar antes de una semana. Al recibir la noticia, la madre se arrodilló y se puso a llorar corriendo por su habitación y exclamando: "Dios mío ... la pandilla secuestró a mi hija". Pasaron cuatro horas y no se encontró ningún rastro de Nisreen. El director trató de calmar a su tío, creyendo que la niña podría haber ido a la casa de una de sus amigas, y debería regresar antes de la noche. En

cuanto al conserje del edificio, se mostró más pesimista, y no descartaba la hipótesis de su secuestro, porque conocía bien a la niña. Pero José manifestó a todos los que se cruzó con ellos un profundo sentimiento de que Nisreen estaba sana y salva, y que regresaría antes del atardecer. La madre llamó al director entre llantos y gritos, preguntándole por la noticia de la desaparición de su hija. Después de amenazas, intimidación y acusaciones a la escuela de negligencia, pasó a ofrecer incentivos, prometiendo una recompensa muy valiosa para todos los que la encontraran en buena salud.

Esa misma noche, el director emitió un comunicado en la radio, anunciando que el problema de Nisreen se había resuelto por completo, y que se encontraba en buen estado de salud. Después de que todos habían agotado sus esfuerzos por encontrarla, y la desesperación se apoderó de los corazones de quienes la buscaban, José los sorprendió con la niña montada en su vehículo detrás de él dirigiéndose a una loca velocidad hacia la escuela. Eran las cuatro de la tarde, y él se filtraba entre los autos, tratando de escapar de la multitud, y su mente casi explotaba en su cabeza de alegría y regocijo. Pero al final, se vio obligado a caminar muy despacio, deteniéndose en ocasiones durante varios minutos, ante la presencia de un funeral que llenaba la calle y se dirigía hacia el cementerio. Sus intentos de eludir la procesión fúnebre fueron infructuosos, porque todos lo reprendieron y le pidieron que siguiera sus pasos. Cuando se acercó a la escuela, se encontró con una gran multitud que lo esperaba ansiosamente alineada a los dos bordes de la carretera. Entró al patio de la escuela en medio de aclamaciones de alabanza y elogio por haber salvado a Nisreen, y se dirigió directamente al despacho del director, quien abrazó a José, luego a la niña. Inmediatamente avisó a la madre en Nueva York, quien dijo que regresaría de su viaje tan pronto como sea posible. Preguntó a José dónde había encontrado a su hija, y él le mintió diciendo que la había encontrado perdida en el este de la ciudad.